

Más allá del tecnologicismo, más acá del miserabilismo digital.

Procesos de co-construcción de las desigualdades sociales y digitales en la Argentina contemporánea

Benítez Larghi | Lemus | Moguillansky | Welschinger Lascano*

RESUMEN: En el presente artículo se reflexiona sobre los modos –dinámicos y cambiantes– en que la apropiación de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) opera en la constitución de las desigualdades sociales y sobre las categorías utilizadas para comprenderlos. La reflexión se ilustra con los hallazgos de una investigación que compara la apropiación de las TIC por jóvenes de clases medias – altas y clases populares urbanas en el Gran La Plata. En el actual contexto de marcado crecimiento del acceso a la computadora e Internet, es preciso revisar las nociones de “brecha digital” y “nativos e inmigrantes digitales”, superar resabios tecnologicistas y desplazar la mirada de los objetos a los procesos que resultan significativos para los propios actores: cómo se configuran las trayectorias de acceso; por qué se han convertido las TIC y ciertos saberes y habilidades en bienes de alta deseabilidad colectiva; qué procesos habilitan o permiten en el marco de una sociabilidad específica. De este modo, se espera contribuir a una evaluación cualitativa de las políticas públicas sobre el terreno “realmente existente” en que operan las desigualdades en la sociedad argentina contemporánea.

Palabras Clave: Desigualdades sociales y digitales – Tecnologías de Información y Comunicación – Brecha Digital – Apropiación – Juventudes.

ABSTRACT: In this paper we think about the dynamic ways –and the categories used to address them– by which Information and Communication Technologies (ICT) appropriation influences the constitution of social inequalities. This reflection is illustrated with the findings of a research that compares ICT appropriation between urban high-middle classes and popular classes young people in Gran La Plata. In the actual context, given a clear increase of computer and Internet access, notions such as “digital divide” and “digital natives and immigrants” must be revised and researchers should concentrate our attention on what process are meaningful to social actors: how access trajectories are constructed; why ICT and certain digital skills are highly desirable; what sociability processes are enabled. In this way, we hope to contribute to a qualitative assessment of public policies on the “really existing” ground where inequalities are taking place in contemporary Argentine society.

Keywords: Social and Digital Inequalities – Information and Communication Technologies (ICT) – Digital Divide – Appropriation – Youth.

Introducción

El vínculo entre Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) y desigualdades sociales acarrea una larga tradición de debates y discusiones. De modo más genérico, esta relación nos remite a la temática, tan cara para las Ciencias Sociales, de los modos en que tecnología y sociedad interactúan y se constituyen. En el caso de las TIC, ciertos autores señalan que la emergencia y uso social de las tecnologías digitales serviría para la reducción de las inequidades existentes mientras otros alertan sobre su efecto reproductor y amplificador de las desigualdades vigentes.

En este marco de debates, el objetivo del presente artículo es analizar los modos en que la apropiación social de las TIC opera en la constitución de las desigualdades sociales y, al mismo tiempo, reflexionar críticamente sobre los conceptos y teorías utilizados para abordar esta cuestión. Esta reflexión se irá ilustrando con la evidencia surgida de una investigación en curso¹ que aborda los procesos de apropiación de las TIC desarrollados por jóvenes urbanos de clases medias-altas y de clases populares en el contexto de implementación del Programa Conectar Igualdad (PCI)² en el Gran La Plata. Dicha investigación se basa en un enfoque cualitativo y emplea una perspectiva socio-antropológica, estudiando el vínculo entre tecnología y sociedad desde la experiencia y el contexto socioeconómico específico en el que se inscriben las TIC (Winocur, 2009; Hine, 2004). Para desarrollar la investigación se llevó adelante un trabajo de campo en dos escuelas secundarias públicas de La Plata y Berisso que consistió en la realización de entrevistas individuales en profundidad con alumnos de 4° y 5° año. Se realizaron un total de 40 entrevistas a estudiantes de entre 15 y 17 años respetando paridad de géneros. Las mismas se llevaron adelante en las propias escuelas durante el segundo semestre de 2012. A cada entrevistado se le aplicó en primer lugar un cuestionario cerrado tendiente a captar condiciones de acceso y prácticas tecnológicas principales y luego se realizó una entrevista semi-estructurada orientada a captar el significado que dichas prácticas adquieren en su vida cotidiana. Posteriormente, se realizó una segunda fase de entrevistas en profundidad con varones y mujeres de ambas escuelas con el objetivo de reconstruir sus trayectorias de apropiación de las tecnologías digitales a partir de sus historias de vida. La selección de los casos se realizó siguiendo los lineamientos de un muestreo teórico tratando de abarcar la mayor diversidad posible de acuerdo a aquellas variables que, según estudios anteriores (propios y de otros investigadores que abordan temáticas similares en otros contextos - como por ejemplo Lago Martínez (2012) en la ciudad de Buenos Aires), resultan relevantes en los procesos de apropiación tecnológica como la composición de la familia, el nivel de escolaridad y ocupación de los padres, la disponibilidad de acceso o no a una computadora previa y a una conexión a Internet en el hogar, entre otras. La primera institución elegida fue una escuela secundaria del centro de la ciudad de La Plata, dependiente de la Universidad local (en adelante, Escuela A), donde la mayoría de los estudiantes son jóvenes de sectores medios y medios altos que viven entre el casco urbano de la ciudad y en la zona norte del Gran La Plata. La segunda escuela seleccionada depende de la Dirección General de Cultura y Educación provincial y está ubicada en Berisso (en adelante, Escuela B), y su población mayoritaria son jóvenes de clases populares y clases medias empobrecidas que viven en barrios periféricos de Berisso, aunque, cabe aclarar, no hemos trabajado con estudiantes en una situación de exclusión extrema (por ejemplo, ninguno de ellos vive en

asentamientos informales, la mayoría tiene a alguno de los padres con al menos un empleo informal y, obviamente, todos están escolarizados).

La noción de “brecha digital” operó en el campo de las nuevas tecnologías produciendo un esquema analítico que trabajó sobre la delimitación del eje incluidos/excluidos tomando como criterio la posesión y el acceso a las TIC. Ahora bien, con el marcado crecimiento del acceso a estas tecnologías³ se vuelve necesaria la revisión de la noción de “brecha digital” y de sus herramientas analíticas subsidiarias, como las de “incluidos y excluidos digitales” y “nativos e inmigrantes digitales” (Prensky, 2001; Piscitelli, 2005), ya que no permiten realizar una lectura matizada de las desigualdades realmente operantes. Es preciso entonces construir herramientas conceptuales que superen la mirada tecnologicista que piensa las desigualdades en términos de accesos a los bienes de modo objetualista y dicotómico (posee/no posee, accede/no accede, demuestra/no demuestra un conjunto de habilidades digitales pre-establecidas y estandarizadas). Es decir, desplazar la mirada hacia un enfoque que sin dejar de considerar las brechas de acceso y habilidades digitales, logre ubicarnos más cerca de los procesos que resultan significativos para los propios actores. En este sentido, es preciso analizar cómo se configuran las trayectorias de acceso y uso de las TIC, cómo y por qué se han convertido las tecnologías digitales y ciertos saberes asociados a ellas en bienes materiales y simbólicos de alta deseabilidad colectiva y qué procesos habilitan o permiten en el marco de una sociabilidad específica. Desde nuestra perspectiva, criticamos la noción de brecha digital con un triple basamento: empírico, teórico y político. En este artículo exponemos esta crítica de la siguiente manera. En las dos primeras secciones del artículo nos dedicamos a observar aquellos procesos que el esquema binario accede/no accede no permite captar ni comprender. En la Sección 1 presentamos en líneas generales las complejas tramas de igualdad/desigualdad vigentes en la Argentina contemporánea observando con especial minuciosidad la evolución del acceso a las TIC en los últimos años cuyos datos muestran tanto tendencias igualadoras como también nuevas desigualdades. En la Sección 2 incorporamos al análisis las trayectorias de acceso como variable constitutiva de procesos de apropiación desigual ignorados por la noción de brecha digital de primer orden. La cuestión de las habilidades digitales es abordada en la Sección 3 poniendo en el centro, no un conjunto de saberes universales pre-establecidos como tiende a hacerse para medir la brecha digital de segundo orden, sino la perspectiva de los propios actores y aquellas competencias que les resultan socialmente significativas sin por ello perder de vista que éstas se distribuyen y legitiman de manera desigual; cuestión que, en nuestro caso, nos lleva a confrontar con la extendida metáfora de “nativos e inmigrantes digitales”. En la misma línea, en la Sección 4 se pone en relieve la riqueza de experiencias a priori consideradas ilegítimas combatiendo así la tendencia a una especie de miserabilismo digital implícito en el concepto de brecha digital de tercer orden por el cual se consideran solamente ciertos usos como “provechosos” o “significativos” y se estigmatizan otros como degradados o improductivos invisibilizando o anulando, a partir de una mirada domino-céntrica, cualquier posibilidad de significación subalterna en torno a las TIC. Por último, en las Reflexiones Finales, describimos los trazos de una perspectiva analítica sensible a las distintas dimensiones en que se estructuran las desigualdades, es decir, sensible a los modos en que las desigualdades sociales y las desigualdades digitales se co-constituyen en tanto se tiene el pleno convencimiento de que las implicancias teóri-

cas de esta tesis permitirán una mejor evaluación de las políticas públicas sobre el terreno “realmente existente” en que operan las desigualdades en la sociedad argentina contemporánea.

Panorama de accesos a las TIC en la Argentina contemporánea. Perspectivas sobre la desigualdad.

En los años noventa, las nuevas tecnologías –los celulares primero e Internet después– debutaron en la Argentina como un producto de lujo destinado a la población de mayor poder adquisitivo. Luego, con los años, este pequeño mercado se saturó y los aparatos redujeron sus costos, difundiendo a los sectores medios. Durante la última década el acceso a las tecnologías se ha ido expandiendo entre los sectores populares de la sociedad⁴. A su vez, a partir de 2010, el Estado Nacional y varios Estados provinciales comenzaron a intervenir fuertemente en el ecosistema de las TIC mediante programas de universalización del acceso a la computadora e Internet como el Programa Conectar Igualdad (PCI) y el Plan Argentina Conectada.

Algunos datos ilustran el proceso de masificación de estas tecnologías que estamos describiendo. A fines de 2011, el 52,8% de los hogares del país tenía al menos una computadora (INDEC, 2012b), con un aumento significativo en la disponibilidad de tecnología en el hogar en comparación con los datos del Censo Nacional 2010, realizado antes de la iniciación del reparto de netbooks, cuando ese porcentaje era del 46,9% (INDEC, 2012a). Asimismo, la presencia de computadoras en hogares con adolescentes en edad escolar es marcadamente superior a la media nacional y más aún respecto a aquellos hogares sin miembros de entre 12 y 17 años: 64% contra 52,8% y 49,10%, respectivamente (INDEC, 2012b: 7-8). Por su parte, los datos producidos por el Observatorio de la Deuda Social Argentina de la Universidad Católica Argentina (UCA) registraron un marcado descenso en el porcentaje de hogares sin computadoras luego del lanzamiento del PCI, pasando de 53% a 39,3%” (Tuñón, 2013: 93). Los datos privados más recientes indican que actualmente el 59 % de los hogares cuenta con dos o más computadoras conectadas a Internet, de las cuales al menos una es típicamente una netbook (Carrier y Asoc., 2013). Ahora bien, esta tendencia a la masificación presenta rasgos desiguales y diferenciales.

En primer lugar, la incorporación de computadoras e Internet en el hogar es desigual entre los distintos estratos socioeconómicos:

(...) los sectores medios han avanzado más velozmente en este último período y los medio altos se encuentran próximos al pleno acceso. En el caso particular del acceso a por lo menos una computadora en el hogar, todos los sectores sociales muestran progresos significativos, pero la merma del déficit fue de 20,6 p.p. en el estrato medio, frente a 13,3 p.p. en el estrato social muy bajo y 9 p.p. en el bajo (Tuñón, 2013: 93).

Lo mismo sucede si observamos la cantidad de dispositivos en el hogar, tal como lo muestran los datos de nuestra investigación. Debido a que los jóvenes entrevistados eran beneficiarios del PCI, en todos los hogares hay por definición al menos una computadora. Sin embargo, registramos grandes diferencias de acceso entre clases

sociales. La mayor parte (63%) de los jóvenes de clases populares cuentan sólo con una computadora en su casa, además de la otorgada por el PCI, mientras que los jóvenes de clases medias altas se apropian de las TIC en contextos en donde la mayoría tiene varias computadoras, aparte de la entregada por el Programa estatal.

En segundo lugar, la universalización del acceso hogareño a Internet viene mucho más rezagada. En relación al tipo de conexión, como demuestran los estudios llevados adelante por Galperín, luego de varios años de crecimiento interanual del mercado de banda ancha fija en América Latina (que según el autor ronda el 50%), en los últimos años se ha comenzado a observar una tendencia a cierta ralentización, debido a una saturación del acceso entre los sectores de mayores recursos y una aún baja tasa de demanda entre los sectores de menos ingresos (Galperín, 2012: 2). En sintonía con estos datos, Tuñón (2013: 94) ha señalado que se registra un mayor uso de Internet entre los niños de clases medias-altas que entre los de clases populares⁵.

Ahora bien, teniendo en cuenta este contexto general, la pregunta acerca del modo en que los procesos de apropiación social de las TIC operan y se articulan con las desigualdades sociales nos lleva a reflexionar tanto acerca de las condiciones de acceso en la Argentina como sobre el vínculo estrecho entre qué bienes son deseados por cada sociedad y cómo se configura la desigualdad social en cada proceso histórico. En este sentido, cuándo y cómo un bien se vuelve socialmente deseable es una pregunta que remite al modo en que ciertos conocimientos, bienes y prácticas (y no otros), han logrado una elevada deseabilidad colectiva (Lahire, 2008: 2) en un contexto determinado. Al respecto, Lahire señala:

Para que una diferencia constituya desigualdad hace falta que todo el mundo (o en todo caso, una mayoría de “privilegiados” o de “lesionados”) considere que la privación de determinada actividad, de determinado saber, de acceso a tal o cual bien cultural o a tal o cual servicio, constituye una falta, una minusvalía o una injusticia inaceptable (2008: 6).

A su vez, de acuerdo con Reygadas, al interior de cada cultura tiene lugar una permanente negociación con respecto al “grado de desigualdad tolerable o deseable” (2008: 36). Y dicho grado de desigualdad se constituye a partir de las distancias y diferencias al interior de cada cultura, es decir “tiene que ver con cuán distintos se considera a los excluidos y explotados, además de con cuántas de esas distinciones han cristalizado en instituciones, barreras y otros dispositivos que reproducen las relaciones de poder” (op. cit.: 72). Por lo tanto, lejos de poder inventariar “desigualdades” universales, debemos indagar en las condiciones sociales, económicas, culturales e históricas que posibilitan que ciertos bienes, prácticas y conocimientos pasen de ser únicamente marcadores de diferencias sociales para convertirse en marcadores de desigualdades sociales en un determinado contexto (Lahire, 2008). De esta manera,

En lugar de medir sin reflexividad las distancias entre grupos sociales, clases sociales o categorías sociales, y convertir automáticamente toda diferencia en desigualdad, el sociólogo debe tener como objeto la génesis de tales creencias colectivas, los procesos de legitimación, deslegitimación o relegitimación de los diferentes tipos de bienes, actividades o saberes, y, al fin de cuentas, las luchas por la definición social de “las cosas que cuentan”, de “lo que tiene valor” (Lahire, 2008: 7).

En “Ilegalismos en tres tiempos”, Kessler sostiene que en los últimos años en la Argentina ha tenido lugar un proceso caracterizado por mayor consumo y circulación de bienes y dinero, que alcanzó incluso a los sectores más postergados de la sociedad, aunque paradójicamente se experimenta una mayor privación relativa. Si bien ha ocurrido una cierta democratización del consumo dada por un incremento del acceso absoluto de los sectores populares a ciertos bienes, también se ha instalado en la población la necesidad y el deseo de ciertos bienes, que antes eran sólo para unos pocos. En la actualidad, el consumo de determinados bienes es experimentado como una “forma de placer y hasta de manera implícita, un derecho” (Kessler, 2013: 150), siendo también un elemento de peso en la configuración de las subjetividades al proliferar las estrategias de distinción basadas en la posesión de ciertos bienes (Kessler, 2013: 149, 162). En este marco podemos ubicar también el cambio que han experimentado las TIC en tanto objeto deseable y cada vez más accesible.

Es en este contexto de expansión del consumo entre distintos sectores de la población, de acelerados desarrollos tecnológicos y de la transformación de las tecnologías digitales en bienes de alta deseabilidad colectiva, pero con condiciones desiguales de acceso y posesión entre las clases sociales, que se inscriben los procesos de apropiación de las TIC en la Argentina. En síntesis, podemos señalar que en los últimos años ha comenzado a difuminarse la brecha digital de acceso, sin que esto suponga una eliminación de las desigualdades existentes entre clases sociales en materia de acceso y uso de las TIC.

De las brechas a la apropiación desigual

La literatura que aborda el vínculo entre las TIC y la desigualdad social ha propuesto diversos conceptos como el de “brecha digital” (Castells, 1998; Warschauer, 2002; Camacho, 2005; Warschauer y Ames, 2010), “pobreza digital” (Barrantes, 2007; Galperin y Mariscal; 2007) y “desigualdad digital” (DiMaggio, Hargittai y Shafer, 2004) que buscan dar cuenta de las diferencias en cuanto al acceso, usos y apropiaciones de las TIC entre países más y menos desarrollados, o bien entre distintos sectores sociales.

En los últimos treinta años, acompañando la progresiva expansión de las TIC entre los distintos sectores sociales, se ha forjado un debate creciente acerca de la correlación entre las brechas digitales y las desigualdades sociales previas. Hay quienes desde una visión más pesimista sostienen que la aparición de las TIC (y los problemas de falta de acceso) serían una expresión más de las desigualdades sociales existentes a las que estarían reproduciendo, reforzando y profundizando. Otros, desde una visión optimista, afirman que el aprovechamiento de las potencialidades de estas tecnologías permitiría reducir las inequidades, tanto entre países como entre grupos sociales, poniendo a alcance de los más postergados recursos hasta ahora vedados y exclusivos para una elite económica y cultural.

El concepto de *brecha o divisoria digital*, acuñado a fines de los años setenta, fue uno de los primeros que se utilizó a nivel mundial para pensar el impacto social de las TIC y tuvo su auge en los años noventa con la explosión de las mismas. Si bien existen diversas acepciones, “la más consensuada es la que define esa brecha como la distancia tecnológica entre individuos, empresas, países y áreas geográficas en sus

oportunidades en el acceso a la información y a las tecnologías de la comunicación y en el uso de Internet” (Lago Martínez, A. Marotias, L. Marotias y Movia, 2006: 14-15). De acuerdo con Camacho (2005), los supuestos e imaginarios asociados con la brecha digital se han ido transformando. En un principio, el vínculo entre TIC y desarrollo era pensado de forma lineal y determinista, como si el acceso a la tecnología produjera desarrollo social (Camacho, 2005). Con los sucesivos debates académicos y políticos el concepto de brecha digital fue complejizándose al incorporar nuevas dimensiones. El aspecto económico de la brecha digital indica el acceso al equipamiento y a la conexión física, conceptualizado como brecha digital de primer orden. Pero además existe un aspecto cultural de la brecha digital, que refiere a la ausencia de capitales culturales y educativos –brecha de segundo orden– que condiciona la capacidad de apropiación de las TIC. Por último, si nos referimos a “cómo” y “para qué” los distintos usuarios utilizan las tecnologías, se constituye un tercer orden de la brecha digital relativo, según Camacho (2005), a “la posibilidad o dificultades que tienen los grupos sociales de aprovechar colectivamente las tecnologías de la información y comunicación para transformar la realidad en la que se desenvuelven y mejorar las condiciones de vida de sus integrantes” (Camacho, 2005).

Ahora bien, más allá de su utilidad para designar una problemática acuciante ante la emergencia de las TIC como artefactos socio-culturales centrales de las transformaciones societales acaecidas en las últimas décadas, sostenemos que la noción de brecha digital así como la dicotomía entre “incluidos y excluidos digitales” han perdido eficacia comprensiva frente a un nuevo contexto por cuanto no alcanzan para dar cuenta de situaciones dinámicas y procesos heterogéneos de apropiación de las TIC, ignorando cómo se construyen nuevas formas de desigualdad más allá del mero acceso a la computadora, como por ejemplo, el peso de las trayectorias personales y familiares en el vínculo establecido con las tecnologías digitales.

Es por eso que el concepto de *apropiación* resulta más acorde para esta nueva etapa en tanto permite comprender los usos que los actores estudiados otorgan a las TIC así como los sentidos que estas prácticas adquieren en su vida cotidiana ya que, al tener en cuenta la perspectiva de los propios actores, logra conjugar necesidades, propósitos, habilidades, logros, expectativas y ansiedades que, depositadas en las TIC, traccionan las prácticas tecnológicas que aquellos desarrollan. La apropiación es el proceso simbólico y material en el que un sujeto o grupo social toma el contenido significativo de un artefacto y lo hace propio, dotándolo de sentido e incorporándolo a su vida, en el marco de sus espacios cotidianos y de la relación con los otros (Thompson, 1998; Winocur, 2009). Por lo tanto, los modos en que se desarrolle dicho proceso serán heterogéneos y diferenciales, según la particular manera en que se interpreten y reinterpreten los artefactos culturales de forma tal que se conviertan en significativos en relación a los propios objetivos y necesidades (Benítez Larghi, 2010). Es decir, se trata de una experiencia que se construye social, histórica y biográficamente, siendo, al mismo tiempo, diferenciada de acuerdo a la clase social, al género, a la pertenencia generacional y a la biografía personal.

Sin embargo, la apropiación tecnológica, en tanto proceso socio-técnico-cultural, es un proceso dialéctico, en constante evolución y, por lo tanto, imposible de cerrar. Así, la tendencia existente hacia la universalización del acceso hogareño a las TIC no implica que su apropiación se vuelva completamente equitativa.

Más allá de las brechas de acceso que persisten y las nuevas inequidades que

emergen a pesar de que la lógica mercantil y la fuerte intervención estatal tienden a la universalización de las TIC en el hogar como vimos en la sección anterior, sostenemos que la principal fuente de desigualdades va más allá del mero acceso a los dispositivos y conexiones en tanto responde a procesos de interacción socio-técnica más complejos. Nos referimos específicamente al peso de las trayectorias personales y familiares en los modos en que diferentes grupos logran apropiarse de las TIC.

En nuestro estudio encontramos que las diferencias más significativas se advierten en relación a las trayectorias de acceso a las TIC desde el propio hogar. Como se sabe, en Argentina se han configurado esquemas de acceso a las TIC heterogéneos y desiguales, en donde los jóvenes de clases populares tienden a presentar un primer contacto tardío con la computadora e Internet, realizado en espacios de acceso público como la escuela o el cibercafé (Urresti, 2008; Benítez Larghi et. al., 2012), mientras que los de clases medias y altas se socializan desde pequeños en el uso de las TIC, generalmente en sus hogares.

Según nuestra investigación, entre los jóvenes de clases medias-altas tal acceso es de larga data ya que prácticamente todos los entrevistados señalaron contar con computadora e Internet en sus hogares desde hace más de cinco años. A su vez, la mayoría de sus padres y madres usaba la computadora antes del nacimiento de sus hijos debido a motivos laborales y/o de interés personal en la tecnología. Por lo tanto, en varios relatos de estos jóvenes sobre sus primeros contactos con las TIC éstos aparecen como los primeros usuarios de estas tecnologías, como interlocutores válidos, e incluso referentes, en las primeras incursiones de los jóvenes en lo digital.

La reconstrucción del vínculo con las tecnologías en las historias de vida de Manuel y Alejandra, ambos estudiantes de la Escuela A, permiten ilustrar ciertas recurrencias que encontramos en las trayectorias de acceso y apropiación de las tecnologías de los jóvenes de clases medias altas.

Manuel tiene 17 años y vive en un barrio residencial de La Plata, en la misma casa desde que nació, donde también vivieron sus abuelos y se crió su papá. Su madre es profesora de idioma y su papá médico farmacéutico. En la casa de Manuel siempre hubo mucha tecnología además de la computadora: reproductor de música a cassette, luego con cd, más adelante de tipo mp3; también videojuegos desde muy pequeño, cámaras fotográficas, videograbadoras, teléfono, televisión. Manuel usa la computadora e Internet desde que era chico, tenía unos cinco o seis años cuando llegó la primera a su hogar y unos años después tuvieron conexión a Internet. Viendo a su papá usar la computadora y experimentando solo debido a su gran curiosidad fue aprendiendo a utilizarla. Durante mucho tiempo su papá, a quien “le interesa mucho la tecnología” y también la fotografía, fue quien le enseñó a usar la computadora. Luego, su tío que es analista en sistemas y sus primos mayores comenzaron a ser consultados por Manuel y fueron enseñándole distintos lenguajes de programación, especialmente uno de sus primos que estudia Informática en la facultad. A Manuel ya desde chico le llamaban la atención los gráficos y ventanas de la computadora que tenían y a eso de los 10 años juntaba partes viejas o rotas de computadoras que había en su casa para armar su propia computadora que “no funcionaba pero para

mi imaginación sí”. Cuando llegó la conexión de Internet banda ancha, cambió sustancialmente el uso que Manuel hacía de la computadora. Actualmente, Manuel pasa gran parte del día aprendiendo a programar a través de tutoriales que consigue en la Red y aplicando sus aprendizajes en la creación de programas y aplicaciones para amigos, familiares e incluso para el área de informática de su escuela. A éstas tareas él las considera su trabajo, aunque por ellas no reciba una remuneración económica, y pasa largas horas en su dormitorio dedicado a la programación y también armando, desarmando y arreglando sus propias computadoras (la netbook otorgada por el PCI, una notebook y una computadora de escritorio).

Alejandra tiene 17 años y vive en un barrio residencial en las afueras de La Plata con su hermana menor y su mamá. Sus padres se conocieron cursando la carrera de Informática en la Universidad de La Plata. Luego del nacimiento de la hermana menor de Alejandra sus padres se separaron. El padre de Alejandra vive actualmente en Río Gallegos, donde es dueño de un taller mecánico especializado en la instalación de computadoras para autos de carrera y tuning, y tiene también algunas iniciativas propias en el ramo de la construcción. Su madre ha sido empleada en distintas empresas, actualmente trabaja a distancia (teletrabajo) en una empresa constructora en Río Gallegos.

Desde temprana edad, tuvo contacto con una pluralidad de dispositivos (televisor, computadora, *play station* y teléfonos celulares). A través de los juegos, en parte motivada por su padre, y en parte por su propia curiosidad, comienza a ser usuaria asidua de la computadora e Internet. Alejandra cuenta que durante los primeros años, sus padres vigilaban lo que hacía con la computadora, por miedo a que borrara información importante. La computadora era parte del trabajo de sus padres, y Alejandra recuerda que le gustaba imitarlos, sentir que estaba “trabajando” como ellos, por lo cual abría un procesador de textos y jugaba a tipear algunas palabras.

El padre de Alejandra es una figura muy importante en su vida y en el vínculo de ella con la tecnología en general y con la computadora en especial, y fue él quien le regaló una netbook -su primera computadora propia- cuando cumplió 15 años. Según cuenta Alejandra, fue él quien le transmitió cierto placer por la interacción con la tecnología. A los diez años tuvo su primer celular, cuando le regalaron el aparato que había usado antes su papá. Hoy tiene un celular tipo “smartphone”, que usa sobre todo para escuchar música y para contactarse con sus amigos y amigas.

Actualmente, Alejandra usa la computadora con mucha frecuencia, de modo uso intensivo y experto, siempre en conexión con Internet. Cuando necesita hacer algo, busca en Internet qué tipo de programa le conviene, lo descarga, aprende a utilizarlo a través del método de la prueba y error. Así ha aprendido a utilizar diversos programas de edi-

ción de videos, música y fotografía. La computadora es para ella una herramienta que le permite comunicarse con sus amigos, acceder a diversos consumos culturales, producir y editar contenidos audiovisuales, buscar información, entre otros. Sus usos son instrumentales, lúdicos, comunicativos y expresivos. A veces, siente que la computadora es demasiado demandante, que la distrae de sus obligaciones, que le roba tiempo; pero cuenta que aprendió a organizarse y se va imponiendo límites, reglas de uso, que le permiten cumplir con sus objetivos.

En cambio, para la mayor parte de los jóvenes de clases populares el acceso a la computadora hogareña es bastante reciente, con una antigüedad promedio de dos años y máxima de cinco años. Una situación similar tiene lugar en relación al acceso a Internet ya que una gran proporción cuenta con este servicio desde hace solamente uno o dos años, y otra gran parte de las familias lo ha contratado con la llegada de las netbooks. Los primeros acercamientos de estos jóvenes a las TIC tuvieron lugar entre los 9 y 10 años en cibernets del barrio, a los que asistían con amigos, hermanos mayores o primos; o en la casa de amigos y/o familiares. A su vez, para algunas jóvenes, especialmente aquellas que desde chicas estaban a cargo de tareas hogareñas y no tenían posibilidades de realizar actividades lúdicas y/o educativas por fuera del horario escolar, las primeras visitas al ciber del barrio junto a hermanos mayores implicaban salir del hogar, *conocer algo nuevo* y adentrarse en un universo que aparecía como predominantemente masculino (Benítez Larghi et al, 2012). En relación a esto, datos de nuestro trabajo de campo indican que entre los varones y las mujeres de clases populares hay diferencias en lo relativo a las intensidades de uso de la computadora e Internet. Si bien sería necesario profundizar las indagaciones en este sentido, consideramos que la menor intensidad de uso por parte de las mujeres podría vincularse con una mayor exigencia hacia ellas en lo concerniente a tareas domésticas.

Las trayectorias de acceso y uso de las TIC de los padres y madres de clases populares comenzaron en la mayoría de los casos hace pocos años con la llegada de la primera computadora al hogar y fueron generalmente sus hijos quienes les brindaron las primeras enseñanzas en la materia. En muchas familias fueron los deseos de los hijos la principal motivación para la adquisición de una computadora y/o la contratación de Internet.

Las experiencias de Rodrigo y Teresa, al igual que la de otros de nuestros entrevistados, posibilitan identificar cómo es que su vínculo con estas tecnologías se ha ido constituyendo marcado por estas recurrencias en las modalidades de acceso y en el tipo de apropiación desigual.

Rodrigo tiene 17 años y vive en el barrio Obrero, en Berisso con su mamá y su papá. Su familia es numerosa: tiene doce hermanos mayores. Sus dos papás viven haciendo “changas” y cobran un subsidio del Estado. La mamá de Rodrigo no sabe leer y su papá cursó hasta la escuela primaria. Además de estudiar y cuidar a sus sobrinos, desde los 14 años Rodrigo trabaja algunas veces por semana a la mañana, antes de ir a la escuela, en un aserradero armando cajones para verduras. El dinero que gana lo usa para salir, para darse sus gustos y comprarse

ropa. Cuando Rodrigo era chico, en su casa había televisión y radio, más adelante llegó el teléfono. A él le gustaba mirar dibujos animados: en su casa miraba los que transmitían por canales de aire y en la guardería a la que iba los que pasaban en el cable. A su vez, su papá solía mirar noticieros y escuchar radio y a su mamá le gustaba ver novelas. Cuando cumplió quince años, sus padres le compraron un reproductor mp4 y su hermana le regaló un celular que había sido de ella. Rodrigo lo usaba para jugar y comunicarse con su mamá. Luego tuvo otros celulares, que generalmente habían pertenecido a otros miembros de su familia y hace poco uno de sus hermanos le regaló un *smart phone*. Para Rodrigo tener teléfono celular es muy importante: “Si no tuviera teléfono no tendría nada, ahora todo el día me la paso mandando mensajes, todo el día.” Cuando tenía alrededor de 14 años comenzó a ir al ciber a “jugar a los jueguitos” con su hermano, quien le enseñó al principio (luego fueron los encargados del ciber quienes continuaron ayudándolo). Hasta ese momento Rodrigo no había tenido contacto con la computadora, “no sabía nada... lo que era un mouse, ni un teclado” y cuando abrieron el ciber en el barrio quiso ir a conocer. Para él fue muy emocionante aprender a usar la computadora e Internet, era algo nuevo y le gustaba mucho, se entusiasmó y empezó a ir todos los días principalmente para jugar pero también algunas veces a buscar información para tareas escolares. Yendo al ciber no sólo aprendió a usar la computadora e Internet, a través de los juegos en red principalmente, sino que también se hizo varios amigos con los que compartía los momentos que pasaban ahí adentro. Rodrigo recibió la netbook del PCI luego de las vacaciones de invierno del 2011. Recuerda que estaba muy contento, emocionado –al igual que sus compañeros– y que quería mostrarles a todos, a su familia, su netbook que es la primera y única computadora que hay en su hogar. Al no tener Internet en su casa, la escuela se convirtió en el lugar en donde Rodrigo suele conectarse a diario a Internet ya que si bien sigue yendo de vez en cuando al ciber, ahora lo hace con menos frecuencia. Cuando usa la computadora en su casa suele escuchar música, jugar, ver películas y videos especialmente a la noche que se lleva la netbook a su habitación para usarla hasta que se duerme. También aprendió a hacer videos mezclando fotos de sus familiares con la música que le gusta. Si bien sus padres no saben usar la computadora, algunas veces, generalmente antes de la cena, él les muestra fotos, videos y les comenta un poco cómo se usa. Cuando termine la escuela Rodrigo quiere estudiar para ser policía, como uno de sus hermanos mayores, porque según él “es lo que más beneficios te da”, es un trabajo estable y se ingresa fácilmente. En ese futuro, Rodrigo visualiza a la computadora como una herramienta importante, que le va a permitir conseguir mucha información para ingresar en la carrera de policía, pero cree que una vez en ejercicio ya no le daría el tipo de uso que le da ahora que es joven, para chatear y jugar.

Teresa tiene 17 años y vive en un barrio humilde de Berisso con su mamá, su abuelo y dos hermanos varones. Su rutina diaria ésta cargada de un sinfín de tareas domésticas ya que a diario cocina para su familia, cuida a su abuelo y a uno de sus hermanos, hace las compras y limpia. Los padres de Teresa se separaron cuando ella aún era una niña y no se relaciona con su padre. Su madre nació en la localidad vecina de Ensenada y allí vivió hasta completar sus estudios secundarios. Aunque durante los años anteriores estuvo desempleada, actualmente trabaja de empleada doméstica y en los fines de semana atiende un local de ventas en el centro de Berisso.

Teresa fue por primera vez a un ciber a los 12 años junto a una amiga movida por la curiosidad que le provocaban las anécdotas que circulaban sobre Internet. Sin embargo, a principio no se “enganchó” con la computadora como, recuerda, les había sucedido a sus amigas. Fue poco a poco como fue tomando confianza: “Primero tenía el Hotmail que no lo usaba mucho porque no lo entendía. Después me hice un Fotolog. En realidad me lo hizo una amiga que entendía, que estaba más conectada que yo. Después fui usando más seguido, jugaba a los jueguitos, bajaba fotos”.

Un acontecimiento que Teresa vivió como un gran cambio fue cuando, para festejar su cumpleaños de quince, y también para evitar que Teresa continuara concurriendo tantas horas al ciber del barrio, su abuelo decidió regalarle la computadora de escritorio (que hoy día luego de la entrega de las netbooks del PCI es la computadora familiar en la casa de Teresa). Luego de ello convenció a su madre para contratar Internet a través de módem de compañía celular, ya que para ella “tener la compu en casa y no poder conectarme era lo mismo que nada”. La posibilidad de tener una conexión doméstica le dio a Teresa el espacio propio en el que a diferencia del ciber barrial los tiempos y los usos de la computadora pasaban a depender de las negociaciones familiares y de su elección. Lo cual redituó en mayor tiempo y comodidades. “Ahí fue el tiempo en que me hice adicta al Fotolog”, reflexiona y agrega: “Al principio era raro –dice Teresa– no entendía nada, porque todos escribían ahí, dejaban comentarios. Después me fui enganchando, poniendo comentarios, subiendo fotos, le cambiaba el color a las cosas, y ahí ya era mío el Fotolog así que no lo podía dejar (risas)” y añade “Como estaban todas con eso, entonces yo también tenía que estar, no podía perder la costumbre, capaz porque era la moda”. Ahora, luego de tomar distancia de su “adicción”, Teresa usa la computadora “a veces cuando estoy aburrida los fines de semana antes de salir a bailar”. Sin embargo, confiesa que hay una actividad con la computadora que no puede parar de hacer: “sacar muchas fotos” y agrega: “Estoy tan aburrida a veces que no sé qué hacer y me saco foto sola. Todos las comentan después”.

El análisis de las trayectorias presentadas nos permite apreciar que la desigualdad, ya sea social o digital, no constituye un hecho puntual ni se define a partir de un

ítem sino que se configura a través de un continuo proceso donde diferentes tramas de desigualdad se yuxtaponen, algunas veces compensándose y otras reforzando y complementándose. Si bien los estudiantes de clases populares han tenido acceso a las TIC previo al PCI, sobre todo en los cibernets, dicho acceso ha sido diferente y en condiciones desventajosas respecto a los estudiantes de clases medias nacidos y criados en contextos de abundancia tecnológica pero, por sobre todo, que han crecido observando con naturalidad cómo sus padres utilizaban diariamente y en múltiples instancias la computadora e Internet en el hogar. Tal como reflejan las historias de vida, las diferentes trayectorias en torno al dónde, cuándo, cómo y con quién se realiza el acercamiento a las TIC condicionan de manera desigual la naturalidad, la imaginación, las ansiedades, los temores y las posibilidades futuras de apropiación en tanto se configuran en contextos con una distribución desigual de capitales económicos, sociales y culturales. Así, resulta del todo incompleto un análisis de la desigualdad digital si se la considera únicamente en relación a si se tiene acceso o no a las TIC y no se la observa como un continuum de procesos de apropiación que se despliegan en el tiempo en condiciones de desigualdad acumulativas.

Deseabilidad, habilidades digitales y desigualdad

Como mencionamos en las secciones anteriores, las transformaciones en las condiciones de acceso a las TIC para amplios sectores de la población argentina que tuvieron lugar en los últimos años, nos han llevado a replantearnos nuestras herramientas teóricas. En el caso de la noción de brecha digital, tanto en lo que concierne a la brecha de primer orden, relativa al acceso, como a la de segundo orden, asociada a las habilidades y capacidades para el uso de las TIC, la cuestión central pasa por aquello que la noción ignora y oculta, es decir, la dimensión significativa de las TIC.

Las dimensiones del acceso y de los usos carecen de capacidad heurística si se los presenta bajo la forma de datos puramente cuantitativos y disociados de una reflexión más amplia que incluya un diálogo con la perspectiva simbólica de los actores/“usuarios”, o que sea maleable a las lecturas complementarias de estas dimensiones (cualitativa y cuantitativa), ya desde el momento de su construcción como “datos duros” sobre las modalidades de accesibilidad, o de usos de estas tecnologías, promoviendo otro tipo de indicadores que releven la situación más allá del criterio de posesión física (o no) del objeto.

En relación a la adquisición de competencias y habilidades digitales, debe alertarse que los mecanismos para medir tales conocimientos requieren de un enfoque precavido para no caer en un determinismo tecnológico, es decir, que busque inventariar habilidades concentrándose exclusivamente en el manejo o no de una función del artefacto como si esta residiera en una propiedad intrínseca y eminentemente técnica de los aparatos, y no estuviera definida por el contexto en el que ha sido diseñada y luego apropiada esa tecnología.

En nuestra investigación comparamos las trayectorias de acceso y apropiación de las TIC entre jóvenes de clases medias-altas y clases populares, todos ellos beneficiarios del PCI, y encontramos puntos de encuentro que pueden ser explicados a partir de los consumos culturales, los intereses y las prácticas de sociabilidad juve-

niles. Sin embargo, también se hicieron evidentes ciertas diferencias en la apropiación que entendemos se relacionan con desigualdades acumulativas en las posiciones sociales, económicas y en las trayectorias de acceso a las TIC, como así también diferentes recorridos educativos de los jóvenes y sus familias.

Hemos registrado que el escenario previo a la implementación del PCI exhibía una desigual distribución de las habilidades informáticas, siendo los estudiantes de la clase media-alta los que contaban con mayores y más diversos conocimientos y capacidades para el uso de la computadora e Internet, especialmente en lo relativo a las habilidades para usar “programas de oficina” (procesador de textos, planilla de cálculos, presentaciones gráficas, correo electrónico, entre otras). A partir de la llegada de las netbooks a las escuelas, todos los jóvenes –tanto de un sector social como del otro– desarrollaron nuevos saberes para el uso de las TIC y complejizaron sus saberes previos. La adquisición de nuevas habilidades fue mayor en el caso de los jóvenes de clases populares, y en algunos aspectos se equiparó la situación con respecto a los jóvenes de clase media-alta, por ejemplo en lo relativo al uso de procesadores de texto, el archivado de documentos en carpetas y subcarpetas o la descarga de fotos en la computadora. A su vez, aún se advierten contrastes entre sectores sociales, especialmente en el uso de hojas de cálculo, correo electrónico y presentaciones gráficas. Ahora bien, ¿qué expresa este desarrollo de las habilidades informáticas entre los jóvenes beneficiarios del PCI?, ¿de qué manera estos nuevos conocimientos se relacionan con los intereses y motivaciones de éstos jóvenes?, ¿cómo nos remiten al significado de la tecnología en su vida cotidiana?

Las diferencias previas a la implementación del PCI se pueden explicar a partir de varios factores. Por un lado, las desiguales trayectorias de acceso y uso de la tecnología digital que presentamos en la sección anterior, en donde no sólo la abundancia de tecnología, sino también la presencia de figuras con conocimientos sobre TIC que ayudaran y/o incentivarán el aprendizaje, así como el uso de las computadoras e Internet en la escuela, han intervenido en la apropiación. Por otro lado, y teniendo en cuenta que los conocimientos y capacidades para utilizar redes sociales, tomar y editar fotos y videos, así como buscar información en la web sí estaban distribuidas de forma similar entre los jóvenes de ambas escuelas, se vuelve central preguntarnos por la significación de las habilidades y saberes informáticos para usar las TIC y por lo que esto posibilita a los jóvenes. En este sentido, el uso de las redes sociales, de buscadores web, así como de cámaras de fotos permite a los jóvenes potenciar la comunicación, la sociabilidad, la expresión y el acceso a información de interés, que son los usos relevados como más significativos para los estudiantes de ambas escuelas.

Por otra parte, las habilidades informáticas desarrolladas a partir de la implementación del PCI, y su apropiación por parte de los jóvenes en los espacios educativos y en el hogar, ponen de relieve el modo en que las políticas públicas pueden intervenir en trayectorias de apropiación de las TIC desiguales, volviendo relevante el aprendizaje de ciertos conocimientos vinculados al uso de tecnologías digitales. Sin embargo, también es evidente que ciertas diferencias en los conocimientos persisten.

Al indagar en los saberes para el uso de las tecnologías digitales que están distribuidos de forma similar entre los jóvenes de ambas escuelas, se hace visible que ciertos conocimientos se vuelven tan significativos para los jóvenes que interceden en trayectorias desiguales. Estos procesos signados por la capacidad de agencia de los

jóvenes para construir nuevos saberes en base a sus intereses, aún en situaciones desiguales, son vitales para comprender la apropiación de las TIC. En este sentido, sostenemos que en lugar de fijar *a priori* estándares de habilidades informáticas que todos los jóvenes deberían adquirir para medir la brecha digital de segundo orden, la pregunta sería ¿qué capacidades valoran y cuáles no los propios actores? ¿Cuáles se les vuelven socialmente significativas desde su propia experiencia? Y, a su vez, ¿de qué manera esas capacidades que son significativas para los jóvenes pueden habilitarlos a ampliar su capacidad de agencia?

Los hallazgos de nuestro trabajo nos permiten señalar que en un contexto en donde ha aumentado sustancialmente el volumen y variedad de información que circula por la web y en donde de forma creciente un conjunto de vínculos de todo tipo se pueden crear y recrear a través de plataformas virtuales, el acceso a información, a contenidos de interés y a “conexión”, así como el desarrollo de habilidades para utilizarlos, se vuelve sumamente significativo para los jóvenes. A partir de la apropiación de las TIC ha surgido para varios de los jóvenes entrevistados un amplio abanico de posibilidades para la elección del modo en que desean realizar las tareas escolares, pasar su tiempo libre, atravesar sus momentos de aburrimiento y gestionar sus vínculos afectivos. Las habilidades y conocimientos desarrollados, los contenidos a los que éstos jóvenes han podido acceder a través de la computadora e Internet, así como los ámbitos de sociabilidad que se abren a través de las redes sociales virtuales, tienen el potencial de habilitarle el contacto con prácticas y contenidos alternativos. Por ejemplo, desde que Emanuel, un joven de orígenes humildes, tiene la netbook con conexión a Internet en su casa ha intensificado su uso de las redes sociales, así como ha aprendido a utilizar nuevas aplicaciones para chatear hasta la madrugada con varios amigos que viven en países extranjeros con los que se conoció a través de las redes sociales y con los que saltea las barreras idiomática a partir del uso de programas de traducción online. A su vez, la experiencia de Rodrigo ilustra el proceso que comentamos en líneas anteriores, ya que si bien antes de la llegada de la netbook del PCI sabía usar la computadora e Internet, el tener su propia computadora le permitió desarrollar nuevas habilidades, vinculadas especialmente a programas de oficina. Sin embargo, lo que se advierte en sus relatos como una de las cuestiones más significativas vinculadas al uso de estas tecnologías abreva en la dimensión simbólica de la apropiación: “Usar Internet me hace sentir más canchero, como que podés buscar más cosas, tenés todo, toda la información. Cualquiera cosa que necesitás ya la buscas ahí. Es una ventaja”. A partir de estos indicios, podría pensarse que en la actualidad los medios digitales logran tener una pregnancia inédita entre estos jóvenes, lo cual explica la presencia ubicua que aquellos cobran en sus experiencias cotidianas al ser apropiados habilitando nuevos cursos de acción para actuar sobre sí mismos y sobre los otros.

Por lo señalado, consideramos que es fundamental indagar en la sociabilidad y en los usos y prácticas tecnológicas recurrentes entre los jóvenes para desentrañar su significación. En nuestro trabajo notamos que para la mayoría de los jóvenes las prácticas tecnológicas de mayor significación son las vinculadas con la sociabilidad con sus pares, con la expresión de sus gustos e intereses, con las búsquedas que hacen a la construcción de su propia identidad juvenil. Un desafío para las políticas públicas de alfabetización e inclusión digital es incentivar el desarrollo de procesos de apropiación de las TIC que no pierdan de vista cuáles son los usos significativos

para los jóvenes y de qué manera se pueden relacionar con usos y apropiaciones que potencien las posibilidades de desarrollo de los sujetos.

Las TIC en plural: sociabilidades y usos juveniles de las nuevas tecnologías digitales

Si diferentes tipos de trayectorias personales de relación con las TIC posibilitan diferentes modalidades de apropiación, ¿puede un análisis de la “brecha digital” dar cuenta de estos procesos? ¿No invitan las metáforas de “brecha”, “nativos e inmigrantes digitales”, a una descripción congelada de las diferencias y a un análisis centrado en las carencias, en lo que los sujetos no poseen? Al presuponer *a priori* las habilidades que los sujetos deberían poseer, ¿no se favorece una descripción que naturaliza los trabajosos y desiguales procesos de transmisión y adquisición de saberes (digitales en este caso) en los cuales las personas (“nativos” o “inmigrantes”) aprenden ciertas “maneras de hacer” con estas tecnologías?

Las transformaciones de la sociabilidad juvenil se imbrican con los usos que los jóvenes de sectores populares hacen cotidianamente de las netbooks distribuidas por el programa estatal. Pero la sociabilidad queda muchas veces relegada, invisibilizada y por tanto sociológicamente desconocida si sólo empleamos los conceptos de “brecha digital”, “nativos” e “inmigrantes digitales”. Es por ello que proponemos una recuperación teórica de la positividad de las prácticas juveniles en relación a estas tecnologías. Una descripción de las formas de sociabilidad juvenil que se traman con estos nuevos medios digitales posibilita comprender la emergencia de las tensiones, dificultades y resistencias que enfrentan las políticas públicas de alfabetización digital. La clave para comprender esas tensiones se localiza en el frondoso mundo de experiencias previas a la “llegada de las netbooks”, dimensión que ha sido invisibilizada por la literatura especializada y que, salvo en contadas excepciones⁶, la mayoría de las veces permanece ignorado en los análisis de la “brecha digital”, “brecha de uso” o en el empleo de categorías con que se intenta conceptualizar a estos jóvenes como “nativos digitales”. La importancia de estudiar las trayectorias personales y familiares (Benítez Larghi et. al 2012) previas a la implementación de programas como el PCI radica en que en ellas se traman las experiencias que moldean el vínculo de los jóvenes con estos objetos. El acrítico –y a su vez extendido– uso que parte de la literatura especializada hace de la conceptualización de los jóvenes como “nativos digitales” (Prensky, 2001) contribuye a invisibilizar el rol del trabajoso proceso por medio del cual a lo largo de sus trayectorias los beneficiarios del PCI han ido incorporando los saberes con que forjan sus diferentes aprendizajes sobre estas tecnologías.

En nuestra investigación hemos realizado una reconstrucción de las distintas trayectorias de los jóvenes que acceden a una netbook del PCI. Ello nos permitió identificar las diferencias entre el patrón típico de los jóvenes de clase media-alta y el de los jóvenes de clases populares. Los jóvenes de clase media y media-alta: se inician en el uso de la computadora e Internet desde muy pequeños, entre los 5 y los 8 años, con una computadora familiar; al ingresar a la adolescencia acceden a una computadora propia o bien son los usuarios principales de la computadora hogareña; completan sus conocimientos de informática con los recursos escolares; y a partir de su ingreso en el colegio secundario, tienen acceso a Internet en sus celulares. El patrón

más típico de los jóvenes de familias más humildes en cambio muestra que: se inician en el uso de la computadora e Internet a una edad más tardía, alrededor de los 12 años, antes de contar con una computadora propia y fuera de la escuela; su primer contacto con las TIC es propiciado por las relaciones en el grupo de amigos y/o familiares, pasaron varios años utilizando la computadora en el ciber, que sólo luego encuentra vinculación con el mundo escolar: primero a partir de las clases de informática y recientemente con la aparición del PCI.

Sobre la base de esta constatación, nuestra tesis podría presentarse resumidamente de la siguiente manera: en todos los casos la escuela se incorpora tardíamente como un agente socializador en la relación de los jóvenes con las TIC, y por lo tanto, activa un vínculo sobre “un saber” ya conformado y legitimado en la sociabilidad cotidiana de estos actores (saberes que los análisis que se orientan por el concepto de “brecha digital” terminan por desconocer al considerarlos saberes ilegítimos). Por lo cual, estos jóvenes perciben que en este punto de su formación existió (y sigue existiendo) una *ausencia comparativa* (y ponemos el acento en que la evaluación que estos jóvenes realizan es en términos comparativos: en la temporalidad en que fueron vivenciando ciertas experiencias y no en un juicio negativo sobre las mismas) en la formación que propicia la institución escolar en relación a la computadora e Internet, y hacen gala de su formación autodidacta (en especial en el terreno de lo lúdico, de los juegos online, de las redes sociales, etc.) mediante la “prueba y error”. De este modo, en el devenir de su relación con estas tecnologías, los jóvenes van adquiriendo cierto “saber hacer” que se va poco a poco conformando por fuera de la influencia y los canales de la escolarización formal⁷ (Welschinger, 2013: 73). Por lo cual, el análisis de la iniciación del proceso de apropiación juvenil de estas tecnologías debe rastrearse incluso con anterioridad al momento en que estos jóvenes acceden por primera vez al contacto, acceso o propiedad de la computadora e Internet.

En sus investigaciones Winocur (2009) sostiene que los sectores populares participan del imaginario sobre las TIC más allá de su posesión física (algo que la noción de “brecha digital” tampoco permite pensar) y afirma que el imaginario social sobre la tecnología como motor del progreso y medio de acceso al conocimiento se ha articulado eficazmente de modo que “Internet se volvió un objeto deseado en el imaginario de los jóvenes *mucho antes de que pudieran acceder a él*, a través de las narraciones que circulan por los medios masivos” (Winocur 2009: 56). Nuestro trabajo confirma dicha tesis, ya que observamos que la mayoría de los jóvenes poseen una memoria muy temprana de su vínculo con estos medios, lo que les permite evocar con intensidad su relación con la radio, la televisión de aire, las series animadas, las películas, etc., mostrando una memoria viva tramada con las historias y referencias culturales de los contenidos mediáticos. Así se constituye *la reserva de experiencias previas* (Schütz, 1974) que opera como *esquemas de referencias* con los que estos jóvenes traman sus expectativas sobre el rol de los nuevos medios digitales y condicionan las modalidades de uso de éstos en su cotidianidad.

Ello posibilita comprender que desde el punto de vista juvenil, la clase escolar de informática es contrastada con la rica y compleja experiencia del ciber barrial (y sale perdiendo), o que los estudiantes se aburren con las búsquedas que proponen los docentes de palabras clave del dictado en clase en Google o Wikipedia, en contraste con la interpelación que produce el “mundo Facebook” (Balardini, 2012), o las plataformas interactivas como YouTube o Taringa. Resulta claro entonces cómo la dinámica escolar

entra en tensión con las modalidades de socialización juveniles que venimos describiendo (nuevamente optamos por hablar de tensión y no de “brecha entre usos escolares y domésticos”, para ilustrar cómo se juega la puesta en acto de las situaciones de uso en la escuela).

De tal forma que la descripción detallada de los modos determinados en que estas experiencias fueron incorporadas a lo largo de su trayectoria constituye un insumo central de una explicación de la fuerza, magnitud y ubicuidad que actualmente tiene la condición de “estar conectado” en la experiencia juvenil como un canal simultáneo y paralelo al proceso de aprendizaje escolar. Así, contar con esta descripción del modo en que estos jóvenes han adquirido sus experiencias y saberes sobre estas tecnologías permite, por un lado, comprender que los procesos profundos de apropiación significativa de estas tecnologías llevan años gestándose en el seno de estos grupos populares (que implica que el análisis no puede realizarse en términos de acceso o no a la posesión física de la tecnología como lo hace el concepto de brecha de primer orden), y por otro, permiten sostener que las transformaciones sucedidas desactualizan el poder heurístico de anteriores categorías conceptuales. En la situación actual el terreno sobre el que debe emprenderse el análisis de las desigualdades digitales pierde fuerza si se lo remite a la dicotomía “incluidos-excluidos” a partir de explorar la brecha de accesos o de usos. El caso de los beneficiarios del PCI muestra que es sobre las modalidades de apropiación donde se juegan las diferencias que constituyen el terreno de las desigualdades digitales.

En el mismo sentido pueden leerse los usos que estos jóvenes realizan de las redes sociales como plataforma de acción que permite concentrar y amplificar los usos que estos jóvenes realizaban ya previamente con ciertos objetos culturales (como la música) pero ahora en un escenario en el que circulan, cruzan y convergen texturas, recursos (video, sonido, hipertextos, hipervínculos, etc.) y flujos informativos. El hecho de “estar conectado” habilita que los actores juveniles realicen ciertas prácticas sobre sí mismos y a la vez puedan extender/amplificar la red y las referencias al grupo de pares, coordinar acciones cotidianas, participar y resolver ciertos problemas a partir de circular de modos particulares por los espacios de sociabilidad *online - offline*, etc. Así, se observa un variado abanico de prácticas donde se combinan de manera diversa los diferentes tipos de participación social y cultural con las TIC descriptos mediante el trabajo etnográfico realizado por Ito et al. (2010) en torno a la experiencia de adolescentes estadounidenses: desde “pasar el tiempo” (*hanging out*) mediante el contacto electrónico con amigos hasta formas creativas de expresar su subjetividad (*geeking out*) pasando por el acceso a mayor información, la experimentación y el desarrollo de nuevas habilidades (*messing around*).

Desde esta perspectiva consideramos que en la experiencia juvenil “estar conectado” implica simultáneamente: (a) un tipo de vínculo moral (ya que conlleva estar disponible, visible, integrado a ciertos círculos y formas de sociabilidad); (b) la capacidad para gestionar, forjar y acceder a ciertos tipo de estados emocionales⁸; y (c) la disponibilidad de un nuevo haz de cursos de acción posibles (la gestión cotidiana de la sociabilidad amical con mayor velocidad y posibilidad de hacer co-extensivas, co-participes a ciertas “amistades” de las prácticas cotidianas, etc.) (Welschinger, 2013: 91). Ya que, como sostienen Semán et al. (2011), la agencia juvenil tiene en el plano dispuesto por estas tecnologías una riqueza potencial todavía inexplorada por los analistas “ya que las nuevas tecnologías suman una dimensión de agentividad que

afecta positivamente la posibilidad de acción” de estos sectores.

Si se subestima la importancia que los actores otorgan a estas prácticas (que son tácticas) no será posible ver allí más que el “efecto” de la dominación simbólica, la legitimidad cultural, o la “cooptación” de las industrias culturales masivas por parte de grandes empresas como Facebook, Google, Twitter, etc. Sin embargo, para los jóvenes procurar ser “visible” en el mundo de las redes sociales, tener muchos “seguidores”, lograr muchos “me gusta”, son cuestiones vitales que muestran su éxito o su productividad para tramar sociabilidades.

Germán tiene diecisiete años y vive con su madre y su hermana dos años mayor en Berisso. Su abuela fue enfermera y logró jubilarse luego de 38 años de servicio en el Hospital público local, su abuelo “siempre trabajó en la municipalidad”. Ambos completaron la escuela secundaria. Sin embargo, la trayectoria educativa ascendente de su familia entra en declive durante la última generación cuando su madre no logra terminar el secundario. Durante los años noventa queda sin empleo estable, lo cual la coloca en una situación de necesidad que la conduce hacia una trayectoria típica de lo que la bibliografía sociológica de ese momento (Minujin y Kessler 1995) describía como “nuevos pobres”: comienza a buscar y ocuparse en empleos temporales, situación que la mueve a tomar un sin número de “cursos de capacitación” que le permitan conseguir un ingreso para subsistir.

Las experiencias de Germán con las tecnologías, a diferencia de otros jóvenes de su clase social, se remontan a su infancia, ya que a los cinco años comenzó a jugar “a los juguitos”. Al principio no había computadora en su casa, por lo que jugaba Mario Bross con una consola Sega, alquilando los juegos, o si no iba a jugar con otros amigos a la casa de una conocida que tenía una computadora. Luego, ésta familia amiga quiso “actualizar” su computadora con lo cual la madre de Germán logró comprarles su anterior PC a un precio económico. Con esta computadora en su hogar, Germán continuó jugando e “investigando”, ya que impulsado por su madre siempre fue “muy curioso” con la tecnología: “como era algo nuevo sentía curiosidad y toqueteaba todo. Me daba una emoción tremenda”. Y así iba aprendiendo: “cuando era chiquito los programas los instalaba yo, que tampoco es tan difícil, pero para ser la primera vez era un logro”. La familia lo incentivaba; fue su madre quien lo anotó en el primero de los dos cursos de reparación de PC que realizó hasta hoy.

Actualmente, Germán es un usuario intensivo de Internet en general y de YouTube en particular. Mira un gran número de videos diariamente, sigue a ciertas personas que publican video-blogs; este año piensa asistir al encuentro anual de “youtubers”. En una ocasión él mismo filmó “un *cover* de batería” que subió a su propio canal de YouTube que felizmente, para el orgullo de sus amigos, alcanzó trececientas visitas y reproducciones. Sin embargo, se lamenta, este video “ahí quedó, no lo vio más nadie”. Esto lo mueve a reflexionar que “volverse conocido es difícil, si lo subís a Internet no garpa... los youtubers gro-

sos (se refiere a las distintas personas cuyas publicaciones y videos circularon masivamente entre miles de usuarios) tuvieron suerte”. Hoy en día le gustaría poder seguir subiendo a YouTube nuevos *covers* (cuenta con cuatro *covers* en los que se encuentra actualmente ensayando), pero necesita para eso una buena cámara que capte el sonido y tiempo suficiente para editarlo. Todo ello lo condujo a creer que la mejor solución sería poder asociarse con otros de sus amigos interesados en el tema y aunar fuerzas, tiempo y recursos entre todos con la ilusión de llegar a ser un “youtuber” reconocido entre los pares. Con este objetivo, desde entonces, Germán gestiona junto con cuatro amigos un perfil en Facebook en el que narran las experiencias del grupo, enlazan sus producciones (videos, dibujos, fotos, comics, etc.) e intentan tornar populares a sus trabajos. El sitio de Facebook, llamado “Marce’s Factory”, no sólo refleja la productividad del grupo en el espacio online, sino que también es un modo de producir sociabilidad, de potenciarla y de recrearla. Así nos lo explicó Germán: “El FB lo tengo con unos amigos, todos aportamos algo, tengo un amigo que es un dibujante, el mejor que he visto, tiene historietas, tiene doce o trece tomos, los pinta él. Y yo subo al canal [de YouTube] *covers* de batería, le pido a mi hermano que filme, los filmo y los edito. Después los subo a YouTube y de ahí sí lo linkeo a FB. Mi amigo sube lo que él dibuja, o, ponele, que me hizo un video a mí de portada y lo subimos. Tengo otro amigo que lo edita, porque tiene una buena compu que da para hacerlo. En los covers cuando empecé Marce me hizo un dibujo a mí en que estoy con los palillos así tocando, y el video arranca con una presentación y el logo girando que dice “Marce’s Factory”, que igual lo vamos a cambiar pronto (risas). Y ahí están los dibujos de él, pero en realidad es para que entre a la página que tienen los dibujos... Y ahí empieza el video con la canción; hay un comics de todos nosotros, cada uno es un personaje de la historia: se re zarpó, con zombis y todo (risas)”.

Así, las horas que estos jóvenes invierten “editando” su perfil virtual, gestionando sus presentaciones *online* (los consejos y debates con los pares sobre los modos correctos de hacerlo de la mejor manera) ¿Son habilidades ilegítimas para el análisis sociológico? ¿Se trata de una posibilidad que en el análisis sólo está disponible para las clases que detentan “el monopolio de la capacidad de estilización de la vida” (Grignon y Passeron, 1991)? ¿No deberían considerarse como tácticas, en el sentido decertausiano, de lo que los jóvenes de orígenes populares hacen con lo que las industrias culturales quieren hacerles?

Esto nos conduce a cuestionar la exclusión del punto de vista de los actores en la construcción de los conceptos con que se intenta explicar las “brechas de usos”. Y para ello creemos que es pertinente aquí recordar las preguntas que Grignon y Passeron realizaron a ciertos modelos de análisis sociológicos: “¿no se definieron estos conceptos e instrumentos y se reguló sus miras de acuerdo con figuras cuyo juego simbólico obtienen su sentido y sus reglas del hecho de producirse en situación dominante? ¿Los mismos instrumentos de descripción e inteligibilidad no corren el

riesgo, si no se los aplica sin modificaciones a prácticas culturales muy distintas, de imponer, al mismo tiempo que sus ajustes construidos sobre la lógica de las culturas dominantes, algo de la mirada etnocéntrica que toda cultura dominante dirige sobre una cultura dominada, desde tiempos inmemoriales?” (1991: 15).

Reflexiones finales

En este artículo hemos propuesto una revisión crítica de la perspectiva dominante en los estudios sociales de la experiencia juvenil con las TIC que se basa en la noción de “brecha digital” y una serie de conceptos asociados. Nuestro trabajo consistió en desmontar desde distintos ángulos este enfoque, mostrando los aspectos que se oscurecen al mirar la realidad social con categorías dicotómicas que objetualizan la relación tecnología-sociedad y así no hacen más que brindar una imagen congelada de escenarios cambiantes. La crítica de la perspectiva de la brecha digital tiene fundamentos empíricos, teóricos y políticos que hemos ido construyendo con base en nuestras investigaciones.

En primer lugar, cuestionamos el enfoque de la brecha digital por razones históricas, es decir, empíricas. La realidad social y tecnológica ha cambiado a tal punto en las últimas décadas que, este esquema categorial que en un comienzo mostró un potencial heurístico crítico, hoy ya no nos permite captar las múltiples dimensiones en que se desarrollan los procesos de co-constitución de las desigualdades sociales y digitales. En la actualidad vislumbramos un acelerado desarrollo de innovación tecnológica, con una enorme ampliación del abanico posible de “calidades”, “velocidades” y “aplicaciones” y un abaratamiento de los costos de los equipos que rápidamente se vuelven “obsoletos”, lo cual tiene consecuencias contradictorias. Por un lado, en el marco del proceso de “democratización del consumo” desplegado en los últimos años se ha producido la generalización del acceso a la computadora y a la conexión a Internet, pasando a ser un consumo en expansión y transversal a todos los sectores sociales. Por otro lado, se ha aumentado exponencialmente la distancia entre el tipo de experiencia con las TIC que, dentro de este amplio abanico de opciones tecnológicas que mencionamos, puede tener un joven de clases populares, y el tipo de experiencia que puede tener un joven de clase media-alta; de modo tal que la desigualdad entre ambos también se ha multiplicado, en formas complejas y multidimensionales, que las nociones de “brecha digital” y/o “nativos digitales” no tienden a visibilizar.

En segundo lugar, hemos mostrado las falencias teóricas de la perspectiva dominante, que no tiene en cuenta la dimensión significativa de las TIC. Los estudios de las brechas digitales observan la relación de los sujetos con los artefactos tecnológicos desde afuera, con una mirada externa, que no problematiza los procesos interactivos que allí ocurren ni los procesos de apropiación en los que los actores trabajan sobre las dimensiones significativas de sus acciones cotidianas. La noción más difundida de la brecha digital no se pregunta por los sentidos de los usos, esto es, por la capacidad de innovar las aplicaciones, de activarlas de manera autocrítica y no meramente operativa, de hacer propias las potencialidades, de interpretarlas para los propios propósitos e incorporarlas de manera tal que resulten socialmente relevantes para cada actor o grupo social. Esta dimensión simbólica es precisamente la más crítica si nos pro-

cupamos por las desigualdades, porque es justamente allí donde se producen las diferencias más radicales, que hemos propuesto denominar “apropiaciones desiguales”.

En tercer lugar, propusimos un cuestionamiento político del enfoque dominante. Los análisis centrados en la cuestión de la brecha digital trazan una línea de demarcación y se ocupan de estudiar las prácticas tecnológicas únicamente de los “incluidos digitales” negando toda capacidad de operación material y simbólica en torno a las TIC por parte de aquellos a los que define como “excluidos digitales”. Aquí hemos argumentado y demostrado con datos empíricos las cegueras a las que conduce este tipo de mirada miserabilista, que es necesario investigar las prácticas cotidianas de los grupos que sólo en apariencia quedan por fuera del impacto de las TIC (porque como vimos, aún quienes no las usan se ven atravesados por los imaginarios que las ponderan). Lo que resulta clave, en esta línea, es reconocer que el enfoque dominante puede acarrear consecuencias perversas en la formulación e implementación de políticas públicas, al estigmatizar o invisibilizar y descartar las prácticas que no entran en el canon de lo socialmente legítimo. En este sentido, cabe interrogarse y plantear a modo de hipótesis, en qué medida los usos “no legítimos” desarrollados en la sociabilidad amical (que hablan de la dimensión diferencial inherente a todo proceso de apropiación) podría constituir un ámbito en el cual los jóvenes podrían adquirir o construir los recursos necesarios para suplir las desigualdades existentes, o si, por el contrario, esa diferencia en la apropiación simplemente se reproduciría como parte de la estructura desigual de la apropiación.

Sobre la base de estos argumentos nos interesa proponer un replanteo de las categorías y los enfoques con los que actualmente se investigan los usos sociales de las tecnologías, y en particular, con los que se piensan las mediaciones, las interacciones, los procesos en los que las desigualdades sociales y las desigualdades digitales se van co-constituyendo. Así, pensar en las apropiaciones desiguales de las tecnologías, desde nuestra perspectiva, supone reconocer que son el resultado de procesos que se desenvuelven en el tiempo, en los carriles de ciertas trayectorias familiares y personales que van acumulando condiciones y condicionamientos, que describen el terreno concreto, que no se somete a claves de lectura binarias, en que actualmente operan las desigualdades en la sociedad argentina.

* *Sebastián Benítez Larghi*, CONICET, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP – CONICET), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Es doctor en Ciencias Sociales. Contacto: sebastianbenitezlarghi@gmail.com

Magdalena Lemus, CONICET, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP – CONICET), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata y Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales (CIMECS). Es Profesora de Sociología. Contacto: magdalenalemus.2@gmail.com

Marina Moguillansky, CONICET, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín. Es doctora en Ciencias Sociales. Contacto: mmoguillansky@gmail.com

Nicolás Welschinger Lascano, CONICET, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP – CONICET), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata y Centro Interdisciplinario de Meto-

Notas

¹ Investigación enmarcada en los Proyectos de Investigación PICT 2011 1639 “Juventud, TIC y desigualdades” (financiado por la Agencia Nacional de Ciencia y Tecnología), PIP 0756 “TIC, Juventudes y experiencias de tiempo y espacio en el marco del Programa Conectar Igualdad en La Plata y Gran La Plata” (financiado por el CONICET), PPID “Jóvenes, desigualdades y TIC” (financiado por la UNLP), y SIRCA II “Youth, Inequalities & ICT” (financiado por el IDRC y la Nanyang Technological University de Singapur).

² El Programa Conectar Igualdad consiste en un modelo 1 a 1 de incorporación de TIC a la educación que proyecta proveer (2010-2013) casi 4 millones de netbooks entre todos los estudiantes y docentes de escuelas públicas secundarias en la Argentina.

³ La generalización del acceso se explica centralmente por tres factores: a) el sostenido crecimiento económico de la Argentina en la última década; b) la reducción de los costos de estos bienes; y c) las políticas universalistas como el PCI. Estos tres factores se enmarcan en un proceso más amplio de inclusión social y democratización del consumo, en el que se observa “un mayor acceso de los sectores populares a una multiplicidad de bienes” (Kessler, 2010: 13).

⁴ Tanto los datos oficiales (INDEC, 2012a y 2012b) como las investigaciones de mercado (D’ Alessio IROL, 2009) indican un au-

mento en el acceso a la telefonía celular, la computadora e Internet de los sectores populares.

⁵ “En el caso del acceso al servicio de Internet en los hogares también se observan profundas diferencias y un incremento en la brecha de desigualdad social. Así, en el estrato medio la merma en el déficit de acceso a este servicio fue de 24,2 p.p. entre 2010 y 2012, mientras que en el estrato muy bajo y bajo fue de 7,4 y 9 p.p., respectivamente, y en el medio alto de 15,6 p.p. La brecha de desigualdad subió de 4 a 13 veces, siendo regresiva para los chicos/as del estrato muy bajo respecto de sus pares en el estrato medio alto” (Tuñón, 2013: 94).

⁶ Una destacada excepción es el trabajo de Rosalía Winocur (2009).

⁷ Lo cual lo vuelve un proceso difícil de asir, de recomponer etnográficamente, y es la causa que en parte explica la ausencia entre la bibliografía especializada de una descripción de este mundo de prácticas, como también lo parcial e exploratorio de la descripción que aquí ofrecemos.

⁸ Por un lado, los jóvenes se sienten seguros, acompañados, tranquilos al estar conectados y saber que hay otros amigos o conocidos online; por otro lado, conectarse es una herramienta para gestionar sus estados de ánimo, ya sea para pasar un mal momento, compartir una alegría, etc.

Bibliografía.

Balardini, Sergio (2012) “Juventud y participación”. En Revista *Todavía* N° 28, año 2012. Pp 37 – 41. Fundación OSDE. Buenos Aires.

Barrantes, Roxana (2007) “Analysis of ICT Demand: What Is Digital Poverty and

How to Measure It?” in *Digital Poverty. Latin American and Caribbean Perspectives*. Lima: DIRSI/IDRC.

Benítez Larghi, Sebastián; Carolina Aguerre, Marina Calamari, Ariel Fontecoba,

Marina Moguillansky, Jimena Orchuela y Jimena Ponce de Leon (2012) “La apropiación del acceso a computadoras e Internet por parte de jóvenes de sectores populares urbanos en la Argentina”, en Proenza, F. (comp.), *Tecnología y cambio social. El impacto del acceso público a las computadoras e Internet en Argentina, Chile y Perú*, Lima: IDRC/IEP.

Benítez Larghi, Sebastián (2010) *Cazadores de e-topías. La lucha desigual por la apropiación de las TIC en las Organizaciones de Trabajadores Desocupados*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires, MIMEO.

Benítez Larghi, Sebastián; Moguillansky, Marina; Aguerre, Carolina; Fontecoba, Ariel; Ponce de León, Jimena (2013) “La apropiación juvenil de las TIC. El contraste entre usuarios hogareños y usuarios de cibercafé” en Revista Controversias y concurrencias latinoamericanas, ALAS Asociación Latinoamericana de Sociología, Volumen 5 N° 7.

Camacho, Kemly (2005) “La brecha digital”. En Ambrosi, A. et al (coord.): *Palabras en juego: Enfoques Multiculturales sobre las Sociedades de la Información*. Paris: C&F Éditions.

Carrier y Asoc. (2013): Acceso a Internet y tecnología residencial. s/d

Castells, Manuel (1995) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Alianza, Madrid.

D’ Alessio Irol (2009) “Internet en la Argentina: crecimiento por inserción de nuevos sectores.” Disponible en: <http://www.dalesio.com.ar/informes/internet/la-nueva-era-de-internet>

DiMaggio, P.; E. Hargittai; C. Celeste y S. Shafer. (2004). “From unequal access to differentiated use: A literature review and agenda for research on digital inequality”. En Kathryn Neckerman (ed.) *Social Inequality*. New York: Ruseel Sage Foundation.

Galperín, Hernán (2012) “Precios y calidad de la banda ancha en América Latina: Benchmarking y tendencias”, Documento de Trabajo N° 12, Centro de Tecnología y Sociedad, Universidad de San Andrés.

Galperin, Hernán y Mariscal Judith (2007) (Eds). “Digital Poverty. Latin American and Caribbean perspectives”. Ottawa: Practical Action Publishing y IDRC.

Grignon, Claude y Passeron Jean C.; (1991) *Lo culto y lo popular: miserabilismo y populismo en la sociología y en literatura*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Hine, Christine (2004) *Etnografía Virtual*, Barcelona: UOC.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). (2012a). Censo 2010 [archivo de texto]. Disponible en: http://www.censo2010.indec.gov.ar/index_cuadros.asp.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). (2012b). Encuesta Nacional sobre Acceso y Uso de Tecnologías de la Información y la Comunicación (ENTIC) 2011 [archivo de texto]. Disponible en: <http://estadistica.cba.gov.ar/LinkClick.aspx?fileticket=q5afYyCHEI%3D&tabid=503&language=es-AR>

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). (2013) “Accesos a Internet –Tercer trimestre 2013. Se consolida el crecimiento de las conexiones de banda ancha inalámbrica” Disponible en http://www.indec.mecon.ar/nuevaweb/cuadros/14/nota_internet_12_13.pdf

Ito, M. et al. (2010) *Hanging out, messing around, and geeking out. kids living and learning with New Media*. Cambridge/Massachusetts: MIT Press.

Kessler, Gabriel (2010) “Exclusión social y desigualdad ¿nociones útiles para pensar la estructura social argentina?” en Revista *Laboratorio*, N° 24, Buenos Aires, IIGG, pp. 4-18.

Kessler, Gabriel. (2013) “Ilegalismos en tres tiempos.” En Castel, Kessler, Merklen y Murard, *Individuación, precariedad, inseguridad. ¿Desinstitucionalización del presente?*, Buenos Aires: Paidós.

Lago Martínez, Silvia (2012) “Los jóvenes y la cultura digital. Nuevos desafíos de la educación en Argentina” en Revista *Diálogos sobre educación*, Año 3, Número 5, julio-diciembre 2012.

Lahire, Bernard (2008). Cultura escolar, desigualdades culturales y reproducción social. En Emilio Tenti Fanfani (Comp.), *Nuevos temas en la agenda de la política educativa* Pp. 35 - 52). Buenos Aires: Siglo XXI.

Lea, John y Young, Jock (1993) *What is to be done about Law and Order?*, Londres: Pluto Press.

Mota Guedes, P.y Vierra Oliveira, N. (2006) "La democratización del consumo", en *Braudel Papers*, N° 19, São Paulo, Instituto Fernand Braudel de Economía Mundial.

Piscitelli, Alejandro (2005) "Inmigrantes digitales vs. Nativos digitales" Disponible en <http://weblog.edu.ar/>

Premsky, Mark (2001), "Digital Natives, Digital Immigrants", *On the Horizon*, NBC University Press, vol.9, n. 5, October.

Reygadas, Luis (2008). *La apropiación: Destejiendo las redes de la desigualdad*. Barcelona: Anthropos.

Schütz, Alfred (1962) *El problema de la realidad social*, Buenos Aires: Amorrortu.

Secretaría de Medios de Comunicación (2008) Sistema Nacional de Consumos Culturales (SNCC) Informe N° 4/Marzo 2008. Buenos Aires.

Semán, Pablo (2011) "Editorial", en *Revista Argentina de Estudios sobre Juventud*, N° 4. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

Thompson, John (1998) *Los media y la modernidad*. Barcelona: Paidós.

Tuñón, Ianina. (2013). *Hacia el pleno ejercicio de derechos en la niñez y adolescencia: proyecciones, retos y desigualdades en la Argentina urbana: 2010-2012*. Buenos Aires: Educa. Disponible en: http://www.uca.edu.ar/uca/common/grupo68/files/2013_Observatorio_Informacion.pdf

Urresti, Marcelo (2008) *Ciberculturas juveniles. Los jóvenes, sus prácticas y representaciones en la era de Internet*, Buenos Aires: La Crujía.

Vasilachis de Gialdino, Irene (1992). *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Warschauer, M. y M. Ames. (2010). Can One Laptop per Child save world's poor? En *Journal of International Affairs*, Fall/Winter 2010, Vol. 64, No. 1. The Trustees of Columbia University in the City of New York.

Warschauer, Mark (2002). Reconceptualizing the Digital Divide. En *Revista First Monday*, Volume 7, Number 7, Julio 2002.

Welschinger Lascano, Nicolás (2013) *La llegada de las netbooks. Aproximaciones etnográficas al proceso de incorporación masiva de nuevas tecnologías en escuelas de sectores populares a partir del PCI*, Tesis de Maestría en Sociología de la Cultura, IDAES-UNSAM, Buenos Aires, MIMEO.

Winocur, Rosalía (2009). *Robinson Crusoe ya tiene celular: la conexión como espacio de control de la incertidumbre*. México: Siglo XXI.